

Domingo II de Adviento

Ciclo A

Is 11, 1-10

a. Contexto

Estamos adentrados en el Adviento, y el Profeta Isaías volverá hoy a ofrecernos ideas y experiencias religiosas para construir el edificio de nuestra vida cristiana.

Todo, entre la esperanza de lo que nos aguarda (escatología) y el recuerdo vivo y actualizado (memorial litúrgico) de los hechos de nuestra salvación desde la venida en carne mortal de Hijo de Dios.

Porque eso es el Adviento, ésa es la esperanza que lo nutre: esperanza no alienante, sino embarcada en la construcción de este mundo, adelanto del Reino definitivo de Dios.

Que así se superan las tentaciones (¡y las acusaciones infundadas y descaradas!) de hacer de la fe cristiana un refugio extramundano vienen a confirmarlo los textos con que hacemos oración en Adviento, amigos y amigas.

Podemos utilizar mejores o peores medios de comunicación (todo lo cual es importante), pero si nuestra palabra sencilla no logra conectarte a ti, hermano en la fe, y a todos los lectores con el mensaje, no se habrá logrado nada.

Si la oración litúrgica de cada domingo no engancha con la novedad siempre actuante y viva de la presencia de Cristo entre nosotros, seremos especialistas en medios de comunicación, en dinámicas grupales, pero a lo mejor nos estamos anunciando a nosotros mismos, no al Señor de la historia, Jesús. Pues éste es el tiempo de salvación, hermana, hermana; éste es el momento del Adviento, ya desde el siglo IV en Occidente donde nace.

Tiempo a caballo entre la esperanza escatológica y la preparación de la Navidad. El pasaje de hoy, enmarcado dentro de las líneas básicas de la teología de *isaiana*, es una de las variaciones de éste, dentro de su coherencia interior.

En este sentido, ocupa un lugar el pasaje de hoy dentro del tema sobre el Mesías, que el Profeta coloca entre los aspectos teológicos referidos al resto de Israel, la soberanía de Dios y sus consecuencias sociales(cf.Is 1, 21) o políticas.

Incluso (cf.Is, 8,6), el pecado humano, o la santidad de Dios y su plan de salvación (cf.Is 7, 7) entran a formar parte de su mensaje. ¿Son temas estos de Adviento, o no?

¿Tienen vigencia hoy, o han perdido actualidad, amigo, amiga? Aquí, en este sector del mensaje *isaiano* se puede leer el tema del Emmanuel (cf.Is 7, 10-16), que en otro momento aparece en nuestra reflexión de cada domingo litúrgico.

Éste es el contexto de ideas y experiencias religiosas que Isaías nos ofrece a nosotros, seguidores de Jesús, como preámbulo de nuestra fe, y roturación del terreno del espíritu, para acoger al Señor, al verdadero Mesías.

b. Texto

Dentro de la tercera sección de Is 2-12 (compuesta por el texto de Is 9,7-12,6), el pasaje de hoy se tiñe de un tono distinto a todo lo anterior, abierto al futuro (cf. Is 11,8, sobre el niño, y el renuevo de Jesé: cf. Ez 34, 23).

Así, en Isaías las anteriores disposiciones salvíficas cobran vigencia a través del nuevo David (el Mesías futuro de Is 11, 1). Ese nuevo David (no el antiguo: cf. Jr 30, 9) garantizará la justicia y el derecho (cf. Is 11, 3s.).

En síntesis, en la perícopa de hoy el tema mesiánico que la Iglesia cristiana vivirá referido a Cristo, se articula en tres secciones:

- las dotes que preparan al futuro Ungido, Mesías (cf. Is 11,2-3a);
- el Ungido Mesías ejerce sus funciones, guiado por el espíritu de Dios (cf. Is 11, 3b-5), que apoya a los débiles (cf. Sal 72, 12-14);
- mirando al futuro ya iniciado, terrestre, sin mitificaciones extrahistóricas, pero en esperanza de una humanidad plena en Dios, abierta al porvenir, el Mesías hablará de paz en su reinado, con una armonía de sociedad humana y de elementos de la naturaleza propia de la mentalidad semita, desde luego (cf. Is 11, 6-8).

El panorama es claro, ¿no? La Iglesia cristiana recurre a textos de esperanza futura, pero enraizada ya ahora en la creación de una nueva realidad humana, de una nueva tierra aquí, abierta al futuro pleno de Dios.

Y ello, a través del Mesías (cf. Miq 3, 12). O sea, amigo, amiga, que el Adviento, la esperanza que nos invita a despertar este tiempo litúrgico no tiene nada de alienante, de mito para mentes débiles, nada de eso, ¿de acuerdo?

c. Para la vida

Es ésa justamente la razón por la que los creyentes en Cristo, los cristianos de hoy nos sentimos llamados a la valentía (cf. Hech 28, 31) de anunciar el Evangelio a nuestros hermanos de este siglo XXI.

Esos hermanos tal vez muy “escardados” por numerosos mensajes salvadores al uso. El caso es que urge reconocer que muchas veces hemos agitado el mensaje cristiano, descarnándolo.

Lo hemos mitificado inconscientemente al desengancharlo de la vida actual. ¡Claro que el Reino de Cristo, la plenitud de Dios es una dimensión de nuestra realidad que supera la historia presente!

Una dimensión que se sitúa en lo que llamamos (y debemos seguir llamando) “cielo”, por el peso afectivo de la expresión Pero no es menos cierto, y así creo que hay que decírselo repetidamente a nuestros hermanos.

Hay que decírselo a los hombres menos catequizados seguramente: la esperanza cristiana del Adviento, la ilusión navideña de los discípulos de Cristo no es la vuelta a un mito anacrónico.

Nada de eso. Más bien estamos en la celebración de una dimensión de nuestra fe -la esperanza- que se basa en la realidad, en los acontecimientos salvíficos de Cristo (ningún cuento evasivo, ¿vale?)

Se trata de no desvirtuar el mensaje cristiano aquí y ahora, por las conveniencias del momento histórico, ni para no herir susceptibilidades de quienes no sienten igual, por razones de intereses o por cobardías...

La apertura a la confianza en la fuerza salvadora de Cristo que los pasajes del Profeta nos ayudan a despertar en nuestros corazones estamos llamados a llevarla a la vida de hoy.

La gracia de la salvación toca la historia (cf. GetSp., n.39), incluso al contexto del “ágora pública”, como ahora se dice, por la acción y la palabra de quienes desde su fe se sienten llamados a esa tarea más necesaria que nunca.

Sólo se me ocurre una reflexión más, hermano: que la convicción profunda de vivir en la verdad del Evangelio no nos dé aires de superioridad en el diálogo con los demás: eso nos llevaría a la intransigencia.

Y sólo una valentía dialogante hará comprender “la verdad nos hará libres” (cf. Jn 8, 32). Así podrás exclamar con Isaías, sin complejos de uno u otro signo aquello de que “habitará el lobo junto al cordero” (cf. Is 11, 5).

[Qué valor se necesita para anunciar esta Palabra en los foros actuales!] Quién te va escuchar, amiga, amigo?) ¿No crees que en el corazón del hombre hay un hilito conductor que conecta con toda palabra de esperanza, de ilusión...?

Yo, sí. Pues eso, hermano, vamos a aprovecharla para anunciar a Cristo, ¿vale? ¡Sean bienvenidas todas las técnicas de comunicación moderna ahora!

Antonio Rojas, sdb